

que rige la actividad del cerebro y los instintos. Algo que es ciencia-ficción... todavía.

Bordenave es un personaje entre Unamuno y Kafka, un hombre que acaba asfixiado y enloquecido por el mundo y la gente que le rodea y que no puede evitar ser dominado y envuelto por una serie de fuerzas fatales y cotidianas que actúan sobre sus resortes psíquicos. Desde el principio está condenado por la ciega opresión que le condiciona y que, como un tumor inexorable, acabará devorándolo. Todo ello, con unas salpicaduras de misterio que mantienen vivo el interés por el relato y lo tiñen de "negro", lo suficiente para mantener a esta novela en las fronteras del género de intriga.

"Dormir al sol", por otra parte, es una historia de reminiscencias frankensteinianas, con un fondo gris de terror irracional y locura, de indefinición entre realidad y sueño, al que se ajusta perfectamente el estilo de Bioy Casares: lenguaje pulcro y medido formalmente, pero repleto de frases fantasmales que recuer-



Adolfo Bioy Casares.

dan los diálogos absurdos de Ionesco y definen la vaciedad existencial y la permanente incomunicación humana.

En esta obra, el escritor argentino da pruebas, una vez más, de su sentido fantástico y su talento fabulatorio, combinado con la sátira sobre el embarullamiento mental que distingue no sólo a las víctimas encerradas en los frenopáticos y psiquiátricos, sino también a los que celosamente controlan las entradas y salidas en tan perturbadores recintos. ■

**FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.**

## **Volkoff, espía y novelista**

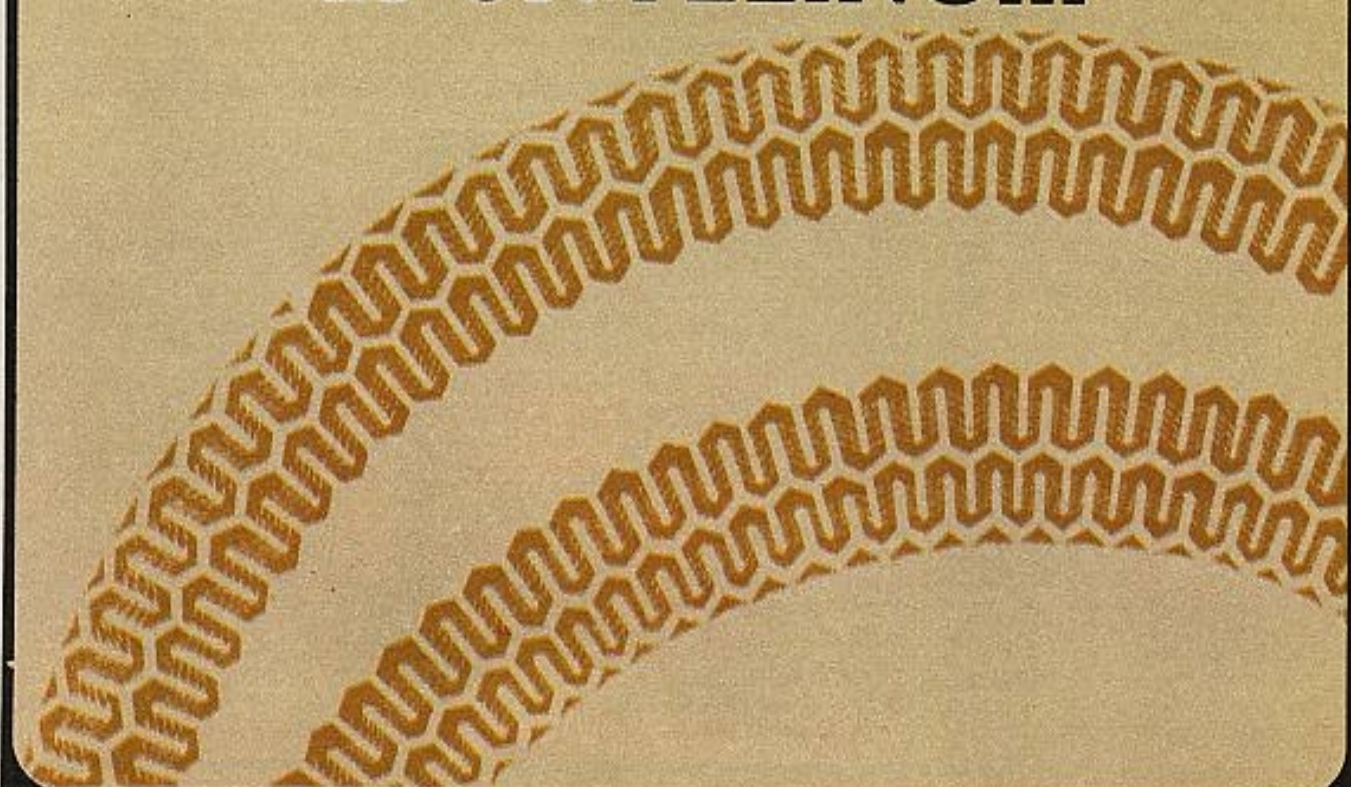
**E**L riesgo de correr apasionadamente tras las pistas que la imaginación voltea caprichosa sobre la compleja realidad, traducir sus imanes al denominador común de la coherencia e interpretar en concierto la lectura de cientos de pedazos de un puzzle gigante que flota invisible ante nuestros ojos es, a juicio de Vladimir Volkoff, materia afín al espía y al novelista: "Es cierto que muchos oficiales especializados en lo que se llama globalmente la información se han hecho un nombre en lo que se llama no menos globalmente la literatura", escribe Volkoff para confirmarlo en la primer página del texto de *La reconversión* (1). La novela es, en efecto, un trabajo de introspección en las cámaras oscuras de la imaginación, el invento traducido en ficción

(1) *La reconversión*, de Vladimir Volkoff, Argos Vergara. Las cuatro estaciones, Primavera 1980. Barcelona, 1980. 350 páginas.

narrativa de miles de retazos y recuerdos que se funden en el texto para provocar la coherencia de la incoherencia primigenia. La investigación —la información— rebusca en las supuraciones psicológicas los rastros descuidados que se van quedando atrás en el juego del engaño: la novela y la información tienen, efectivamente, mucho en común, sobre todo, el engaño y el truco, el trabajo limpio y la impostura, el cientifismo personal y el conocimiento exacto de una determinada realidad.

Vladimir Volkoff se sitúa paralelamente en *La reconversión* en ambos papeles, el de espía y el de novelista, y utiliza igualmente recursos paralelos para suplir en determinadas secuencias los accidentes que su imaginación mezcla a lo largo del proceso de la creación del relato. Juega a espía y a novelista, porque "el espía ha nacido para componer novelas (combina montajes), para inventar nombres (colecciona seudónimos), para dar vida a un len-

# ES UN FELINO...



guaje (el código)... Igual que el escritor, echa sobre el mundo una red tanto más eficaz cuanto que es impalpable, y pesca" (2). El símil es, en efecto, perfecto y la comparación viene a cuento en todo el relato, real y metafórico, de *La reconversión*. Volkoff no sólo se nos revela como un precisista de la narración policiaca, tocando —como en un piano— notas de las melodías de Le Carré o de Graham Greene sin que desafine en ningún momento, sino también como un escritor que reflexiona sobre el texto escrito y que induce a traducir, sobre la marcha, las claves que van apareciendo a lo largo y ancho de la creación de la novela. El lector verá la alegoría, la reflexión sobre el texto, el interés por enmarcar en una sola máscara los dos rostros, el del protagonista creado y el del novelista creador. Volkoff consigue así la carambola a tres bandas: matar dos pájaros de un tiro sin salirse de las combinaciones que son lícitas dentro de una novela de este género. Consciente de la hibridez absoluta de la novela, Volkoff no titubea jamás ni en la expresión, ni en el diálogo, ni en la descripción. Las piezas del puzzle van buscándose como los colores de un calidoscopio que muda sus imágenes desde distintas perspectivas, pero en la trama de la acción está el poder de reflexión del novelista, el director de orquesta que hace entrar en juego a los instrumentistas musicales en el momento indicado. En este sentido, *La reconversión* resulta una novela paradigmática y cinematográfica. Las anécdotas, los personajes, la ejecución de los movimientos son, en *La reconversión*, puro alimento imaginativo convertido en imagen y en palabra, sin que en esa simbiosis ninguno de los dos conceptos quede menoscabado. Y todos esos personajes que forman parte de la trama, de la acción, de los puntos de luz que se van abriendo en el firmamento del discurso responden con exactitud a la exactitud cerebral con la que fueron imaginados, con la que fueron combinados hasta configurar el cuadro definitivo del puzzle totalmente armado y terminado.

Volkoff, al mismo tiempo, resulta ser no sólo un envidiable

novelista de acción, un perfecto conocedor del oficio. Tiene en su haber, y eso es claro en su literatura, un conocimiento completísimo de la novela de espionaje y afines, y se tiene —de paso— muy sabido el principio según el cual un novelista hoy debe ser no sólo un experto en la escritura de sus novelas, sino un extenso y profundo conocedor —como lector— del género que le ha tocado en desgracia practicar: es el mejor modo para que el espía holgazán se nos vuelva definitivamente literato.

■ J. J. ARMAS MARCELO.

### Homosexuales: Una subversión radical

INMERSOS como estamos en una sociedad con pautas cultu-

rales eminentemente machistas, no es de extrañar que libritos como el escrito por Héctor Anabitarre y Ricardo Lorenzo (1), resulten particularmente hirientes, demoleedores, a pesar de su indudable comprensividad de los fenómenos que analiza. En efecto, vivimos en un mundo donde priva lo macho; donde las normas de actuación, personales y sociales están marcadas por el signo de lo fálico/símbolo de dominio y penetración; donde la mujer ocupa un rango de inferior nivel en la escala política de ordenación social: todos ellos rasgos inequívocos de comportamiento sociológico, que es donde se descubren las pautas mayoritarias y los roles habituales de una comunidad. En estas condiciones, la

(1) *Homosexuales: El asunto está caliente*. Osmimada Ediciones.

homosexualidad, el homosexual, es despreciado "culturalmente" como una forma más de la dominación del macho sobre la hembra; un doble desprecio teniendo en cuenta que el homo deja de lado, a su vez, su condición de presunto dominador/castrador. Ovejas descarriadas que incurrir en doble delito de lesa iniquidad; reniegan de su condición individual y del gesto colectivo que les correspondería como parte de la comunidad machista.

"El asunto está caliente" (título extraído de un pasquín chicano-inglés repartido en el "ghetto" homosexual de Nueva York, en 1969) retoma temáticas nunca suficientemente exploradas y encarradas, y lo hace con valentía y radicalidad. Es una fuerte revolución sexual, auténtica, la que nos espera a todos cuando una serie de tabúes se derrumben,

## ADIOS A LAS LETRAS

### Pen contra Bruguera

NO, no es un enfrentamiento, es una coincidencia.

Mientras Ricardo Muñoz Suay luchaba a favor del tiempo y contra los fantasmas para concentrar en Barcelona a los monstruos vivos de las letras, el Pen Club español luchaba contra un único fantasma: la vieja tendencia.

Lo de Bruguera era definir qué pasa. Lo del Pen era —es, porque el ciclo sigue— adivinar qué hay de nuevo.

Son dos maneras de saludar: qué pasa, qué hay de nuevo. ¿Las respuestas? Los saludos jamás tienen respuestas verdaderas, excepto si estas son para dar noticias malas. Así que entre Bruguera, la editorial, y Pen, el club que preside Caballero Bonald, han repartido saludos sin respuestas, porque las noticias no son tan malas.

Por lo pronto, las nóminas de los dos ciclos eran grandes, lo que no quiere decir que fueran rojas; ni siquiera granates. Y, por otra parte, se han celebrado los coloquios. Es un país donde hasta hablar se hace difícil —filmar es también difícil, pero esa ya es otra historia— que haya coloquios es un síntoma de salud.

Han estado oportunos Bruguera y el Pen colocándonos ante la tesitura de ver qué pasa y de atisbar qué hay de nuevo.

La oportunidad, en estos casos, es, sobre todo, libresca, porque ambos ciclos nos han llevado directos al Día del Libro, que se celebra cuando esta columna se hace piedra publicada.

Todo el año literario es una dificultosa carrera a favor del libro. El 23 de abril conoce esa carrera su sprint final. Donde mejor celebran la incruenta y modesta victoria del libro español es en Cataluña, donde regalan rosas y libros para celebrar a San Jorge y al volumen que

debía llevar bajo el brazo.

Este año, además, los catalanes han tenido una idea original, celebrar el Día del Libro impidiendo que unas clases de Derecho Internacional se dieran en castellano. Claro, debían darlas en inglés, o en francés, o en cualquier otro idioma del imperio diplomático, nunca en castellano, que lo hablamos sólo unos pocos, entre ellos Miguel de Cervantes, Vaz de Soto, Carlos Barral y mi amigo Juan García Hortelano.

El año que viene va a ser más conveniente homenajear al árbol, que no se habla en idiomas, sino que es la fuente del papel con que se hacen los libros. Habrá que ir a honrar los orígenes.

En castellano en Madrid y en varios idiomas en Barcelona, el Pen y Bruguera han querido ir a los orígenes, saludando de maneras diferentes la existencia de los libros de creación. Las respuestas, como en Poldark, vendrán lentamente, capítulo por capítulo. Son saludos saludables, porque dan ocasión para comer, para beber y para seguir en la vida con la sensación de que uno ha ganado algo. Cuando en verdad lo que uno gana hablando es la sensación de que algo se queda en el tintero. ■ SILVESTRE CODAC.



(2) Página 10.